

mucho á aquella infeliz madre, á aquel desdichado padre, que se perdieron; los consolará mucho el haber dejado poderosos á sus hijos, mientras ellos están ardiendo por toda la eternidad en aquel abismo de fuego? Familiarizate con estas reflexiones, pues hay pocos ejercicios de piedad mas saludables. Ten en tu gabinete, ó en tu cuarto, alguna imágen ú objeto que continuamente te acuerde la memoria de la muerte y del infierno.

DIA X.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN LORENZO, archidiacono, en Roma en la via Tiburtina; el cual en la persecucion de Valeriano despues de haber padecido muchos tormentos, cárcel, diversos azotes con escorpiones, varas y cordeles emplomados, planchas de hierro hechas ascua, por último fué asado vivo en unas parrillas, donde consumó el martirio. A su cuerpo dieron sepultura los santos Hipólito y Justino, presbíteros, en el cementerio de Ciriaco en el campo Verano. (*Véase su vida hoy.*)

EL MARTIRIO DE CIENTO SESENTA Y CINCO SOLDADOS MÁRTIRES, tambien en Roma, en tiempo del emperador Aureliano.

SANTA ASTERIA, virgen y mártir, en Bérgamo; padeció durante la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano. (Era hermana de Sta. Grata: las dos hermanas dieron sepultura al cuerpo del mártir S. Alejandro, y Asteria le dió tambien al de Sta. Grata.)

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MÁRTIRES, en Alejandria, los cuales en la persecucion de Valeriano por decreto del presidente Emiliano fueron atormentados por mucho tiempo con varios y muy crueles tormentos, y alcanzaron la corona del martirio con diversos géneros de muerte.

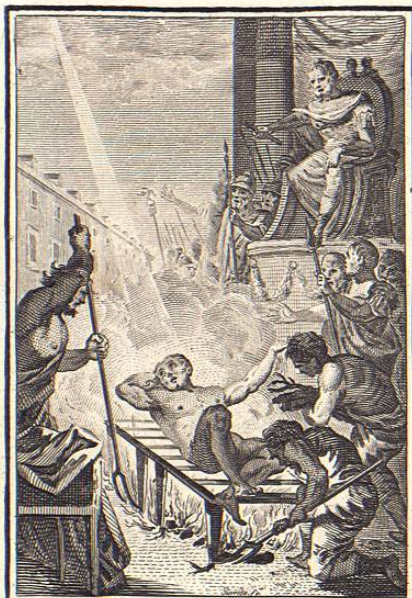
LAS SANTAS VÍRGENES Y MÁRTIRES BASA, PAULA Y AGATÓNICA, en Cartago (imperando Diocleciano y bajo el presidente Daciano.)

SAN DEUSDEDIT ó DIOSDADO, confesor, en Roma; el cual distribuía cada sábado á los pobres lo que ganaba en toda la semana con el trabajo de sus manos. (No obstante de ser un pobre trabajador, santificó todas sus acciones con la oracion continua y la penitencia.)

LA APARICION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA llamada de la Merced, en España; bajo cuyo titulo se instituyó el órden de la Redencion de Cautivos. (*Véase su historia el dia 24 de setiembre.*)

SAN LORENZO, MÁRTIR.

Si España se gloria de haber dado cuna al ilustre mártir S. Lorenzo; si hace Italia gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo, tambien la Francia cuenta entre sus especia-



S. LORENZO M.

les honras la de reconocerle por uno de sus patronos, y entre sus mas estimables tesoros la de poseer una parte de sus preciosas reliquias.

Nació S. Lorenzo hacia la mitad del tercer siglo, en Huesca (*), ciudad de España, en el reino de Aragon. Su padre se llamó Oroncio y su madre Paciencia; ambos zelosos y fervorosos cristianos, de piedad tan ejemplar, y aun de virtud tan eminente, que la iglesia de Huesca celebra solemnemente su fiesta el primer dia de mayo, siendo en ella su memoria de singular veneracion. Padres tan virtuosos y tan santos, necesariamente habian de dar á su hijo la mas cristiana educacion. Correspondió á ella Lorenzo admirablemente, tanto por la noble belleza de su índole, como por la docilidad de su genio, y por una inclinacion como nativa á todo lo que era virtud. Los rasgos que mas le caracterizaron desde la cuna, fueron la inocencia de costumbres, y un sobresaliente amor á la pureza. Admiróse desde luego en él un corazón noble, intrépido y generoso; pero sobre todo, se hacia universalmente distinguir aquel tierno y aquel encendido amor á Jesucristo, que ninguna cosa fué capaz de entibiar, ni de disminuir. Animado del zelo de la religion, resolvió desde sus mas tiernos años emprender el viaje á Roma, considerándola como el verdadero centro de ella. Tardaron poco en descubrir el mérito y la elevada virtud de aquel extranjero jóven los fieles de la capital del mundo. Pero el que mas los sondeó y los admiró fué el pontífice S. Sixto, que acababa de ser sublimado á la silla de S. Pedro; y encantado tanto como asombrado de la inocencia y de los raros talentos que reconocio en nuestro cristiano héroe, le confirió los órdenes sagrados, y con ellos la dignidad de arcediano, como lo afirma S. Agustin y S. Pedro Crisólogo; empleo que le constituia el primero de los diaconos de la Iglesia romana. Léjos de engreirle la nueva elevada dignidad, solo sirvió para hacerle mas fervoroso, mas zeloso y mas humilde. Era ministerio propio del arcediano el dar la comunión al pueblo cuando el papa celebraba el divino sacrificio, y tambien estaba á su cargo la custodia del tesoro de la Iglesia; es decir, de los vasos sagrados, de las vestiduras sacerdotales y

(*) Diferentes pueblos de España reclaman el honor de haber sido gloriosa cuna del mártir S. Lorenzo. Valencia, Zaragoza, y aun la villa de Lloret en Cataluña, contradicen las pretensiones de Huesca. La ciudad de Córdoba, no sin datos muy atendibles, fundados en antiguos documentos, reclama tambien el mismo honor. Los doctos no han decidido todavia esta cuestion.

de los caudales destinados al sustento de los ministros y al socorro de los pobres. Lo primero pedia una santidad sobresaliente en el ministro; y lo segundo una prudencia, una vigilancia superior, y un desinterés á toda prueba en el tesorero.

No bien habia comenzado nuestro Santo á ejercitar con aplauso universal las funciones de uno y otro ministerio, cuando se levantó contra la Iglesia el fuego de la persecucion mas horrible; siendo su empeño nada menos que borrar del mundo hasta la memoria del nombre cristiano, anegándole en la sangre de los fieles.

El emperador Valeriano, que en el concepto de los gentiles estaba reputado por un príncipe humano, apacible y benigno, logró igual reputacion en el de los cristianos á los principios de su imperio. Ninguno de sus predecesores los habia tratado con tanta benignidad; en público y en particular les mostraba siempre el mayor agrado; por lo que dentro de su misma imperial casa se contaba tanto número de siervos de Dios, que mas parecia iglesia que palacio. Pero habiendo sido tan extraordinaria la bondad con que entonces los trató, no fué menos violenta la persecucion con que los afligió en lo sucesivo. Nació esta mudanza de Macriano, que desde el mas bajo abatido nacimiento ascendió á los primeros empleos del imperio, haciendo escala para ellos de los mas enormes delitos; y aspirando su ambicion á la misma dignidad imperial, hizo pacto con el demonio, que le prometió el imperio como esterminase del mundo toda la nacion de los cristianos. Apoderado enteramente Macriano de la gracia y del concepto del emperador, le persuadió á que mudase de conducta con ellos; y á sugestion suya en el año de 258 publicó el príncipe aquel cruel edicto, en que sin remision ni dilacion condenaba á muerte á todos los obispos, presbíteros y diaconos, no dejándoles la opción que permitia á los demás cristianos de rescatar la vida á costa de su fe.

Dióse principio á la ejecucion por las cabezas; y echando mano del papa S. Sixto fué conducido cargado de hierro y de cadenas á la cárcel Mamertina. Apenas llegó á los oídos de Lorenzo la prision del santo papa, cuando corrió exhalado á la cárcel, resuelto á no separarse de él en los suplicios, como quien suspiraba ansiosamente por la corona del martirio. No tardó mucho tiempo en encontrarle; y apenas le divisó á lo léjos, pero á distancia donde pudiese ser oído, cuando, como dice S. Ambrosio, comenzó á clamar de esta manera: *¿Qué es esto, padre santo? ¿cómo vas á ofrecer el sacrificio, sin que te haga compañía tu diácono, el cual nunca se separa de tu lado cuando te llegas al altar?* ¿acaso

desconfias de mi fe? ¿tienes poca satisfaccion de mi valor? Ella haz esperiencia de él, y ella te acreditará si soy ó no soy digno del sagrado ministerio con que me honró tu bondad. El diácono jamás debe desviarse del lado del pontífice: pues ¿por qué me dejas huérfano y desamparado? Justo es que el hijo haga compañía á su padre, y no es razon que la oveja se aleje de su pastor.

Enternecido S. Sixto al oír los fervorosos afectos de su diácono: *Consuélate, hijo mio* (le respondió), *que presto cumplirá el cielo tus encendidos deseos; para mayor triunfo te reservan sus amorosos destinos. Anda, y sin perder tiempo distribuye á los pobres los tesoros que se fiaron á tu cuidado, y prevenite para recibir la corona del martirio.* Estas últimas palabras llenaron de gozo y de consuelo el corazón de nuestro Santo, que ardía en vivas ansias de derramar su sangre por amor de Jesucristo. No se detuvo ni un solo momento; partió al punto; entregó á los fieles los ornamentos y vasos sagrados; recogió todo el dinero que estaba destinado para el socorro de los pobres; encaminase á aquellos parajes de Roma donde estaban ocultos los cristianos; recorre todas las cuevas y lugares subterráneos, para repartir en ellos las limosnas. Y sabiendo que muchos presbíteros y muchos fieles se habían refugiado á la casa de una santa viuda, llamada Ciriaca, en el monte Celio, pasó á ella entrada ya la noche, lavó los pies á los ministros del altar, y distribuyó entre los pobres la cantidad de dinero. Desde allí se trasladó á la casa de un fervoroso cristiano, por nombre Narciso, donde estaban recogidos muchos pobres; socorriólos, y restituyó la vista á Crescenciano, que muchos años antes la había perdido. Dirigióse despues á la cueva de Nepociano, donde estaban escondidos sesenta y tres cristianos; hizo lo mismo con ellos que con los otros; socorrió sus necesidades; y habiéndolos exhortado á la paciencia y á la constancia en la fe, acabó de repartir entre los pobres todo el dinero que tenía.

Pasó toda la noche en estos ejercicios de caridad, y al día siguiente se fué á la puerta de la cárcel, para lograr el consuelo de ver por última vez al santo papa, que estaba sentenciado á ser degollado en aquel mismo día. Fué sacado el santo viejo para el suplicio, y cuando le llevaban á él, se arrojó á sus pies Lorenzo, y deshaciéndose en lágrimas, le dijo, que ya quedaban en buenas manos los tesoros de la Iglesia que le había encomendado, y que en esa suposicion nada le restaba que hacer sino servirle de ministro en el sacrificio de su vida, que iba á ofrecer al Señor. Procuró S. Sixto consolarle, pronosticándole que en menos de tres dias tendría parte en la misma corona, y le añá-

dió: Atendiendo Dios á la flaqueza de mi edad, solo me espone á tormentos ligerós; pero á tí, hijo mio, te reserva una señalada victoria, que hará célebre en el mundo tu martirio.

Y fué así, que como los soldados oyesen hablar de tesoros á Lorenzo, dieron cuenta al emperador, figurándole que aquel jóven diácono era dueño de inmensas y preciosísimas riquezas. No fué menester mas para que Valeriano mandase echar mano de él, estimulado de la codicia de los imaginados tesoros, no menos que de su insaciable sed de sangre de cristianos. Correspondeó el gozo de nuestro Santo al ardor de sus deseos. Presentóse delante del príncipe, á la verdad con modestia y con respeto; pero al mismo tiempo con cierto despejo y con cierta intrepidez poco acostumbrada. Luego fué examinado sobre su profesion, y respondió con desembarazo, que era cristiano, y diácono de la Iglesia romana. Volviósele á preguntar, dónde tenía los tesoros que se le habían confiado; á que prontamente satisfizo, diciendo, que como se le diese tiempo, los recogería y los pondría todos á la vista. Concediósele un dia de término; y convocando todos los pobres que pudo juntar, se puso á la frente de aquella andrajosa muchedumbre, compareció con ella ante el tribunal del emperador, y le dijo con el mayor respeto, que obedeciendo como debia, sus imperiales órdenes, presentaba á su Majestad imperial las principales riquezas de los cristianos, y los verdaderos depositarios de los tesoros de la Iglesia. No esperaba el príncipe esta arenga; y reputándola por insulto de la Majestad, resolvió escarmentar el temerario arrojado de Lorenzo con los mayores suplicios que pudiese inventar el furor. Dió principio mandando que le despedazasen á azotes como el mas vil de todos los esclavos. Mandó despues que trajesen á su presencia todos los instrumentos que servian para atormentar á los mártires, y haciendo á nuestro Santo que los reconociese, le dijo: *Una de dos, ó resuélvete á sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó disparte pura padecer tú solo mucho mas de lo que han padecido hasta aquí todos juntos cuantos profesaron tu infame secta.— Vuestros dioses, señor,* respondió Lorenzo, *ni siquiera merecen aquellos vanos honores que se tributan á los hombres; ¿y vos quereis que yo los rinda adoracion? Hacen poca fuerza esos instrumentos de la crueldad á quien no teme los tormentos; y espero en la gracia de mi Salvador Jesucristo, que la misma intrepidez con que los toleraré, será la mejor prueba de lo que puede aquel único y verdadero Dios á quien adoro. Quedó cortado el emperador al oír esta animosa respuesta, y perdió toda esperanza de sacar partido alguno del santo diácono. Pero no queriendo darse por*

vencido, ordenó que le restituyesen á la cárcel, encargando su custodia á Hipólito, uno de los principales oficiales de su guardia; en cuyo ánimo habian hecho ya mucha impresion las palabras y la modestia de Lorenzo, y acabaron de convertirle los milagros que obró en la misma prision; pues no bien se dejó ver en ella cuando todos los confesores de Cristo que la ocupaban se arrojaron á sus pies; y uno de ellos, llamado Lucilo, que muchos años antes habia perdido la vista, la recobró milagrosamente, tomando la mano del Santo y aplicándola á sus ojos. Fué Hipólito testigo de esta maravilla; pidió el bautismo; y no fué esta la única conquista de Lorenzo durante su valeroso combate.

Luego que amaneció el dia siguiente, recibió el prefecto de la ciudad una orden del emperador, en que se le mandaba hiciese comparecer á Lorenzo delante de su tribunal, y que no perdonase á medio alguno para obligarle á ofrecer sacrificio á Júpiter; pero que si no se rindiese, le quitase la vida con tales y tan estranos tormentos, que jamás se hubiesen practicado en los tribunales. Ejecutóse el orden con la mayor puntualidad; compareció el Santo; empleáronse halagos, promesas y amenazas para pervertirle, pero sin otro fruto que proporcionarle ocasion para dar mayores pruebas de su fe y de su constancia. Entonces solo se pensó ya en inventar nuevos tormentos, y en añadir inhumanos primores á la ordinaria crueldad de los suplicios. Tendiéronle en el potro, y despues de haberle dislocado los huesos, le despedazaron las carnes con escorpiones; eran unos ramales, que remataban en bolas de plomo, cubiertas de unas mallas de hierro, y armadas estas de puntas aceradas y encorvadas en figura de agudos garfios. Pensó el Santo espirar en este cruel tormento; pero oyó una voz del cielo, que decia le reservaba Dios para mas gloriosa victoria, conseguida á fuerza de nuevos y mas dificultosos combates. Asegúrase que esta milagrosa voz fué oida de todos los circunstantes, y que el prefecto de Roma, para desvanecer la impresion que podia hacer en ellos, exclamó: *Mirad, romanos, como los demonios vienen en socorro de este mago, que no teme á los dioses del cielo, ni á los principes de la tierra; pero veremos si sus encantos son superiores al rigor de los tormentos.* Quedó Lorenzo maravillosamente confortado y consolado con esta celestial voz; y entonces fué cuando Roman, soldado de la guardia del emperador, vió con los ojos corporales á un ángel, en figura de un bizarro y hermosísimo mancebo, que enjugaba con un lienzo el sudor del rostro y la sangre que corría de las heridas del santo mártir; vision que acabó de convertirle, trasformándole en soldado de Jesucristo, como se dijo en su vida.

Sobrevivió nuestro Santo á este cruel tormento, para que el triunfo de la fe se comunicase á otros muchos. Oíasele prorumpir incesantemente en bendiciones y en alabanzas del Señor, siendo el asombro y la admiracion de los mismos paganos el gozo que brillaba en su semblante. Mandó el prefecto que segunda vez compareciese en su tribunal, y segunda vez le examinó acerca de su patria, de su religion, y de su tenor de vida. *Soy español de nacimiento y de origen,* respondió el Santo; *pero he pasado en Roma casi toda mi juventud. Desde la cuna tuve la dicha de ser cristiano, y mi educacion fué el estudio de las divinas leyes.*—Colla, insolente, replicó el prefecto, *¿llamas estudio de divinas leyes el que te enseña menospreciar los dioses inmortales?*—*Y aun porque yo conozco bien esta ley divina,* prosiguió Lorenzo, *miro con tanto menosprecio la vanidad de los ídolos; porque la razon natural reprueba esa impia y estravagante multitud de dioses.* No se le dió permiso para proseguir; y arrebatado el juez de cólera y de saña, añadió: *Tú pasarás esta noche en un género de tormento, que seguramente te hará mudar de opinion y de lenguaje.*—*No lo creas,* respondió Lorenzo, *tus tormentos son todas mis delicias: y la terrible noche con que me amenazas, espero ha de ser para mí la mas clara y mas alegre de toda mi vida.* No pudo tolerar el tirano aquella generosa intrepidez, y mandó que con grandes piedras le moliesen las quijadas. Llenó el Señor á su siervo de dulcísimos consuelos; y noticioso el emperador de todo lo que pasaba, mandó que le tosasen á fuego lento.

Estendieron luego á Lorenzo en una especie de lecho ú de parrillas de hierro encendido y rojo, como sale de la fragua; debajo de ellas tendieron una cama de rescoldo, que de cuando en cuando iban fomentando con carbones, gobernándolo con tal economía, que el cuerpo se fuese tostando poco á poco, para que fuese mas vivo y mas prolongado el dolor. Estaba Lorenzo en aquella cama de fuego con tanta serenidad, con tanto desembarazo, con tanta alegría y con tan heroica constancia, que asombrados muchos de los circunstantes, se convirtieron á la fe, y entre ellos no pocas personas de distincion, reconociendo en aquel valor una fuerza muy superior á la humana. Y el poeta Prudencio, que escribió en verso el triunfo de nuestro Santo, testifica que los neófitos, esto es, los cristianos recién bautizados, vieron rodeado su semblante de un extraordinario resplandor, y percibieron un suavísimo olor que exhalaba su cuerpo tostado.

En medio de tan cruel y bárbaro suplicio, era tan grande á vista del cielo la tranquilidad del santo mártir, tanto el gozo que

justicia permanece por los siglos y multiplicará vuestra semente de los siglos. Y aquel que sumistra la semilla al que siembra, también dará pan para comer, y aumentará mas y mas los frutos de vuestra justicia.

REFLEXIONES.

Derramó, distribuyó á los pobres; y su justicia permanece por los siglos de los siglos. Este es el título mas bien fundado, el menos disputable del verdadero mérito, y aun se puede añadir, de la verdadera grandeza. Aquel gran Dios, soberano dueño de todos los bienes del mundo, los distribuye con la mayor sabiduría. No sin altísima providencia, y no sin elevados fines, dignos de su infinita bondad, dispone que unos nazcan cercados de abundancia y otros rodeados de miseria. Ni es, ni nunca fué efecto del acaso la diferencia de las condiciones; á su providencia nada se le esconde, y nada hace sin fin y sin designio. No creas que se olvidó Dios de los pobres cuando no los hizo ricos; cuidado tuvo de proveer sus necesidades. Ese rico no tenia mas derecho á los bienes que posee, que el pobre que carece de ellos. Hizo Dios con los hombres en orden á los bienes de fortuna, lo mismo que hace con la tierra en orden á la influencia de los astros. A los países frios proveyólos de bosques y de leña; á las tierras duras y secas, de abundancia de lluvias. Si hay ricos en el mundo, es precisamente porque en él habia de haber pobres. ¿Para qué piensas que Dios te hizo rico? ¿para que, tuvieses con que cebar tus pasiones, tus diversiones y tus gustos, mientras tantos otros, á quienes no ama menos que á tí, carecen de las cosas mas necesarias á la vida? ¿dónde estaria en ese caso la sabia providencia de nuestro gran Dios? Sábetelo que solo eres rico para cuidar de los pobres. Sin esto, me atrevo á decir, que el supremo árbitro y gobernador de todas las condiciones del mundo, jamás te hubiera hecho dueño de los bienes que posees. ¿Qué pretendió, pues, y qué pretende con esto? Que vosotros, ricos, seais los sustitutos, los ministros y los cooperadores de su providencia respecto de los pobres. Pudo Dios proveer inmediatamente por sí mismo á sus necesidades; pero quiso encargarlos á vosotros ese cuidado: con esta precisa condicion os concedió los bienes que gozais; sois como arrendatarios de sus bienes: os dejó libre la administracion, el dominio y el usufructo; pero con la carga de asistir á los necesitados, y así solamente los poseeis á título oneroso. De lo dicho se infiere, que la limosna no es una caridad pura y gratuita, puesto que al pobre se le da aquello

mismo que se ha recibido por él, con estrecha obligacion de emplearlo en provecho suyo; título de justicia, contra el cual peca el rico que no tiene caridad con el pobre. ¡Pues cuánta será la obligacion de aquellos cuyas riquezas solo se componen de las limosnas de los fieles! ¡de aquellos, que precisamente los hacen mas ricos para que socorran á mas necesitados, y que no dejarán de ser ricos despues de haber repartido grandes riquezas entre los pobres! ¡Cuánto bien harian diez ó doce mil libras distribuidas cada año entre los menesterosos por algunos eclesiásticos que tienen treinta ó cuarenta mil de renta! ¡cuántos se librarian de una desesperacion! ¡cuántas doncellas pobres de mil peligros! ¡cuántas familias sitiadas de hambre serian socorridas y sacadas de entre los brazos de la miseria! No pocos podrian repartir mucho mas, sin quedar por eso pobres. A la verdad, se sustentarian menos holgazanes; no se gastaria tanto tren; seria menos espléndida la mesa; ¿pero serian por eso menos respetables, ni menos respetados?

El Evangelio es del cap. 12 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: De verdad, de verdad os digo, que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sigame; y en donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

De la felicidad de los buenos aun en medio de sus adversidades.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en tanto el hombre es dichoso, en cuanto vive contento. De nada sirve ser grande, ser poderoso, ser rico; de nada vivir como nadando en diversiones, mientras el corazon está anegado en amargura. Todo lo que está fuera del hombre, podrá distraerle y divertirle, pero no podrá llenarle: su felicidad consiste únicamente en el contento y en la tranquilidad del corazon. De aquí nace que no siempre son los mas felices aquellos que son los mas estimados, los mas aplaudidos, los que se llaman afortunados del mundo. Los disgustos, las inquietudes, y aun los mayores trabajos nacen hasta en el trono mismo, penetrando á lo mas interior de los magníficos pa-

lacios. No siempre son los mas serenos los dias mas festivos. La verdadera alegría es, por decirlo así, como la legítima ó la herencia particular de las almas santas; ábrese camino por entre las mas densas nieblas, y sabe reinar hasta en los mismos cadalsos. Buena prueba fué de esto S. Lorenzo. Y á la verdad, si hay penas invisibles, ¿ por qué no ha de haber tambien gustos y consuelos secretos? Haylos sin duda. El hombre justo está contento en la adversidad; es dichoso en medio de las mayores desgracias; porque la fe le sostiene, la esperanza le consuela, y la caridad le anima. Sostínele la fe con la consideracion de un Dios espirando en una cruz. Ella le enseña que no puede ser predestinado, si no es semejante á Cristo crucificado. Si el hombre no se siente con bastante valor para aspirar á esta semejanza, en las adversidades y por las adversidades reconoce que el mismo Dios le ayuda á formar en sí esta imágen del Crucificado por medio de las aflicciones. ¿ Dónde hay consuelo mayor? Sostínele la fe con la consideracion de un Dios justo. Sabe que es preciso satisfacer á su justicia; y tiene á gran dicha que se le ofrezca ocasion de rescatar con penas cortas y breves las escesivas en rigor y en duracion que merecian sus culpas.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no solo concurre la fe al consuelo de un hombre justo en sus adversidades; tambien se las suaviza la esperanza, poniéndole delante de los ojos una bienaventuranza llena, segura y muy cercana. Digase lo que se quisiere: la prosperidad de la tierra hace perder de vista el cielo; y si alguna vez se viene á la memoria, nunca es sin alguna turbacion. Pero cuando las adversidades desterraron del corazon todos los atractivos de la vida; cuando uno se ve desgraciado en este mundo; cuando le tocó un estado oscuro y abatido; cuando las criaturas nos olvidan; entonces fácilmente olvidamos nosotros á las criaturas, para acordarnos únicamente del Criador, y poner en él toda nuestra confianza. En esto consiste nuestro verdadero reposo y nuestra felicidad. Las cruces son pesadas, causan horror á un mundano; pero á un hombre justo le llenan de dulcísimo consuelo; sus frutos son para él de exquisita suavidad. Este es el origen de aquella inalterable tranquilidad, de aquella castiza alegría que se admira en todos los santos. Ninguno hubo que no viviese clavado en la cruz; ninguno, cuya vida no fuese una cadena de aflicciones; pocos que no la pasasen consumidos de enfermedades; cuantos que toda ella la vivieron entre agudísimos dolores, menospreciados, escarnecidos, humillados y hartos de oprobios. ¿ Pero hubo jamás ni uno solo que se considerase des-

graciado por vivir en un estado abatido y doloroso? Ciertamente, ni uno solo hubo que todavía no desease padecer mas. ¡ Oh, y cuánta verdad es que Dios posee el secreto de endulzar las adversidades, y de hacer se esperimente un exquisito consuelo en las mas amargas aflicciones! *Gustate, et videte*, dice el Profeta: *Gustad, y ved*; no dice *ved, y gustad*: si se comienza por la vista, las cruces son objeto displicente; pero comienza por el gusto; haz la dichosa esperiencia de á lo que saben las adversidades padecidas por amor de Jesucristo, y despues mira cuanto quisieres su exterior desapacible. *Gustate, et videte*. Mas crédito se da al gusto que á los ojos. En fin, la caridad anima al hombre justo en sus trabajos. El que ama á Dios sufre de buena gana por su amor; el que ama á Jesucristo desea parecerse á él: estas utilidades nos traen los contratiempos; y el que las conoce, las admite por favores.

¡ Ah Señor, y qué poco que he conocido hasta aquí el precio de las cruces y de los trabajos, por lo poco que os he amado hasta aquí! Haced, mi Dios, que yo os ame, y entonces serán mis delicias las cruces y las adversidades.

JACULATORIAS. — Señor, todo mi consuelo en adelante será que me aflijas en este mundo con trabajos, y que no me perdones en él. (*Job 6.*)

No permita Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo. (*Ad Galat. 6.*)

PROPOSITOS.

1 La prosperidad embriaga y deslumbra; por eso está espueta á mil tropiezos y caidas. Las adversidades pueden ser muy útiles á los fieles si saben aprovecharse de ellas. *Flagella Domini, quibus quasi servi corripimur*, decia la discreta y virtuosa Judith al pueblo de Betulia, *ad emendationem, et non ad perditionem nostram evenisse credamus*. Los azotes que nos vienen de la mano de Dios son avisos de un padre que nos quiere corregir, y no castigos de un juez que nos intenta perder. No hay medio mas eficaz que las desgracias para obligar á un pecador á convertirse y á mudar de vida; ninguno mas propio para purgar los desórdenes pasados. Pero es mucho de temer se atienda mas á la pesadez del brazo, que á la bondad del que descarga el golpe. Cuando la amargura del remedio inquieta ó irrita al enfermo, mas le perjudica que le aprovecha. Procura hacer concepto cabal y justo de lo que valen las cruces, y de lo que im-

portan las adversidades. Corrige las preocupaciones que el amor propio inspira contra ellas, y acostúmbrate á hablar de los trabajos como cristiano; esto es, como verdadero discípulo de Cristo crucificado. Siempre que se ofrezca ocasion, y especialmente cuando se lean las vidas de los santos delante de la familia, ten cuidado de hacerla observar que todos los santos fueron afligidos mientras vivieron, y que todos se tenian por felices en medio de las aflicciones. Si desde luego se procurara imbuir á los niños en este concepto de las adversidades, se sacaria un gran provecho.

2 Si te sucede algun trabajo, vuelve al punto los ojos hácia la mano de donde te viene el azóte, y hácia el corazon del que amorosamente te castiga: *Bonum mihi quia humiliasti me*, decia David. Recibo, Señor, esta adversidad como favor que me haceis; conozco lo bien que me está el que me hayais humillado, pues con la prosperidad me hubiera perdido. La abundancia fomentaba mis pasiones; el subido olor de las flores me trastornaba la cabeza, y la elevacion de los empleos me la desvanecia. El que anda por el valle no teme el precipicio de la cumbre. En la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como aquellos contratiempos que sirvieron para que el corazon se desprendiese de la tierra; ¿qué razon habrá para que no nos consuelen tambien en medio de la vida? Aspira á aquella grandeza de alma, tan propia de un cristiano, de no mostrarte triste ni desalentado cuando te aflige alguna cosa, imponiéndote una como ley de conservarte alegre, apacible y sereno, á pesar del tumulto que quiere escitar dentro del corazon el amor propio. A poca violencia que te hagas por un motivo verdaderamente cristiano, infaliblemente experimentarás los consuelos con que regala Dios á sus siervos en lo mas amargo de las aflicciones.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN TIBURCIO, mártir, en Roma entre los dos Laureles; al cual en la persecucion de Diocleciano por decreto del juez Fabiano le hicieron andar con los pies descalzos sobre ascuas; en cuyo tormento confesó con la mayor constancia á Jesucristo, y por último fué mandado degollar á tres millas de la ciudad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA SUSANA, virgen de noble prosapia y nieta de S. Cayo papa;